

---

# Estampa calcográfica en raso del virrey Palafox en biblioteca particular de Benavente

---

FERNANDO REGUERAS GRANDE\*

## INTRODUCCIÓN

En biblioteca particular de Benavente se conserva un interesante grabado del Virrey D. Juan de Palafox y Mendoza que, a pesar de no añadir novedades significativas a lo conocido<sup>1</sup> posee peculiaridades de gran interés (Fig. 1). Se trata además de una estampa<sup>2</sup> novohispana firmada por José Navarro<sup>3</sup>, pieza rara de la que no existe ejemplar en la Biblioteca Nacional<sup>4</sup> y de una calidad más que notable, incluida la elección del soporte<sup>5</sup>, raso de espléndido lustre y brillo patinado, probablemente de origen chino, una de aquellas sedas tan usuales en México traídas por el galeón de Manila<sup>6</sup>.

Desconozco su procedencia, localizado como registro de un libro, aunque, sin duda, debe asociarse a un ejemplar de la *Vida interior o confesiones del Ilustrísimo, Excelentísimo y v. Siervo de Dios Don Juan de Palafox y Mendoza*, Madrid, Josef Doblado, 1772 en la misma biblioteca. En su ex-libris aparece el nombre de su primer poseedor: “*Soy del Sr. D. Antonio ( ? ) (tachado) Luxan (tachado) Morera Medico titular del Ill<sup>mo</sup> Dean, y Cavildo de esta S<sup>ta</sup> Iglesia Cathedral de Oviedo. año 1774./.*” Abajo la firma Brime (con otra grafía y tono más pálido de tinta) y en las guardas sello en seco de *Fernando F.(ernández) Brime. Benavente*. Dichos ex-libris se corresponden con los siguientes propietarios de la obra y creadores del fondo antiguo de la misma biblioteca, los presbíteros Baltasar Brime y Vara (1774-1853) y Fernando Fernández Brime (1828-1906) que adquirieron bastantes libros desamortizados, procedentes de los monasterios de More-

\* C.E.B. “Ledo del Pozo”. freguerasgrande@teleline.es

<sup>1</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R.; *Iconografía de Don Juan de Palafox. Imágenes para un hombre de Estado y de Iglesia*, Pamplona 2002, con toda la bibliografía anterior. Obra imprescindible de la que este breve trabajo es necesariamente deudor y a la que hemos de remitirnos de continuo.

<sup>2</sup> PORTÚS, J. y VEGA, J.; *La estampa religiosa en la España del Antiguo Régimen*, Madrid 1998.

<sup>3</sup> José Mariano Navarro, grabador en lámina que trabaja en México entre 1769 y 1774; TOUSSAINT, M., *Arte colonial en México*, México 1990, p. 251. Ver también: Romero de Terreros y Vinent, M.; *Los grabadores en México durante la época colonial*, México 1917, al que lamentablemente no he tenido acceso.

<sup>4</sup> PÁEZ RÍOS, E.; *Iconografía Hispana. Catálogo de los retratos de personajes españoles de la Biblioteca Nacional*, vol. III, pp. 494-499 (retratos de Palafox), Madrid 1966.

<sup>5</sup> Los soportes tradicionales de la estampa fueron el pergamino, pronto desplazado por el papel –más flexible– para la estampación en hueco del grabado calcográfico y la tela (tafetán, raso, seda, por orden de calidad), soporte que se convirtió en signo de distinción y que naturalmente encarecía el producto: PORTUS-VEGA 1998, pp. 58-59. Una indicación proporcional de las tiradas en papel y tela la suministra RIVERA DE LAS HERAS para la lámina abierta por Tomás Prieto en 1741 de la Virgen del Aviso (Bamba, Zamora) de la que en 1764 se tiraron 1000 ejemplares en papel, 8 en tafetán y 4 en raso: RIVERA DE LAS HERAS, J.A.; *La estampa religiosa popular en la provincia de Zamora*, Zamora 1997, p. 67, nota 104.

<sup>6</sup> Una aproximación al tema en SIERRA DE LA CALLE, B.; *Vientos de Acapulco. Relaciones entre América y Oriente*. Catálogo de la exposición, Valladolid 1991, pp. 116 y ss.



FIG. 1.- D. Juan de Palafox y Mendoza. Biblioteca particular (Benavente).

ruela –sobre todo– Sandoval, Colegio de los Jesuitas de Villafranca del Bierzo etc, aparte de otros comprados a particulares (como parece el de Palafox, quizás en una almoneda *post mortem*) y por los cauces habituales de las librerías.

Conjeturar más allá de estas evidencias cuál pueda ser el origen de nuestra grabado es especulación gratuita. Estampa y obra ( a modo de “autobiografía”) de Palafox deben, en cualquier caso, inscribirse dentro de la polémica y fervor que despertó la Causa de beatificación del Venerable especialmente en el tercer cuarto del siglo XVIII, tanto en España como en América, según veremos más adelante.

#### PALAFox: ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS

Juan de Palafox<sup>7</sup> nació en Fitero en 1600, bastardo de D. Jaime de Palafox, futuro Marqués de Ariza y de una joven viuda aragonesa, Ana de Casanate que pronto entró en religión. Los 9 primeros años de su vida<sup>8</sup> los pasó en los Baños de Fitero dentro de una familia humilde, periodo clave –en opinión de Fernández Gracia– en la configuración de su personalidad, muy sensible a los problemas de los necesitados (pobres e indios).

Reconocido en 1609 por su padre, su vida dará un giro copernicano pasando a estudiar con los jesuitas de Tarazona y de allí a las Universidades de Huesca, Alcalá y Salamanca para volver luego a Ariza donde gobernó los estados paternos y tomaría su afición a la escritura y los libros.

Su brillante participación en las Cortes de Monzón, convocadas por el Conde –Duque de Olivares para llevar a cabo su proyecto de Unión de Armas le sirvió para ser captado por éste que le nombraría primero miembro del Consejo de Guerra (1626) y luego del de Indias (1629), cargo que Palafox consideró más acorde con su ordenación como sacerdote aquel mismo año.

Probablemente su condición de hijo ilegítimo –piensa J. Irving<sup>9</sup>– esté relacionada con su obsesión por la lealtad y su entusiasmo por los grandes designios de la Monarquía que la política de Olivares encarnaba. Se convirtió así Palafox en un hombre de confianza del Rey y su valido. Capellán de la infanta María, hermana del soberano, a la que acompañó en su viaje por Europa para casarse con el Rey de Hungría (1629-1631) dicho periplo resultó muy provechoso para su formación política e intelectual y su prestigio en la Corte.

En 1639, con una década de experiencia como fiscal del Consejo de Indias, Felipe IV encomienda a Palafox la visita del reino de Nueva España<sup>10</sup>; la ejecución de las Reales Cédulas en materias de Doctrinas y Diezmo; los juicios de residencia de los virreyes Marqués de Cedereita y Marqués de Cerralbo, (aunque también realizaría la del Marqués de Villena y Duque de Escalona); y el obispado de Puebla de los Ángeles.

<sup>7</sup> Sobre la biografía del Venerable pueden verse: ARGÁIZ, G.; *Vida de Don Juan de Palafox* (concluida en 1661), Introducción, transcripción y notas de R. Fernández Gracia, Pamplona 2000. GONZÁLEZ DE RESENDE, A.; *Vida del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza*, Madrid 1671. Sor Cristina de la Cruz de ARTEAGA; *Una mitra entre dos mundos. La de don Juan de Palafox y Mendoza. Obispo de Puebla de los Ángeles y de Osma*, Sevilla 1985. VV. AA; *El Virrey Palafox*. Catálogo de la Exposición, Burgo de Osma 2000.

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R.; *Nacimiento e infancia del Venerable Palafox*, Asociación de amigos del monasterio de Fitero, Pamplona 2000.

<sup>9</sup> IRVING ISRAEL, J.; “Juan de Palafox en Puebla de los Ángeles (México)”, en VV. AA; *El Virrey Palafox*. Catálogo de la Exposición, Burgo de Osma 2000, pp. 165 y ss.

<sup>10</sup> Sobre Palafox como funcionario colonial, véase: GARCÍA PÉREZ, R.; “Palafox, hombre de gobierno” en VV. AA; *El Virrey Palafox*, Catálogo de la exposición, Burgo de Osma 2000, pp. 19 y ss; también: SALÁZAR ANDREU, J. P.; “Actuación de Juan de Palafox y Mendoza como funcionario indiano y obispo a la luz de los documentos que se conservan en el seminario de San Carlos de Zaragoza (España)”, en *Manuscritos e impresos del Venerable Señor Don Juan de Palafox y Mendoza*, León 2000, pp. 9-34.

Al poco tiempo de desembarcar en México con el Duque de Escalona, Palafox tiene que actuar contra él pues, pariente del Duque de Braganza –futuro Juan IV de Portugal– se convierte en personaje peligroso para la Monarquía después de la sublevación lusitana del 1 de diciembre de 1640.

Al mismo tiempo el Rey le nombra virrey sustituto (hasta 1642) –lo que comportaba responsabilidades como gobernador, Capitán General y Presidente de la Audiencia– y arzobispo de México, esto es, una acumulación de cargos administrativos y eclesiásticos jamás conocidos durante la época de la colonia. Una situación que generó enorme animadversión contra su persona de buena parte del sector gubernamental y eclesiástico que se mantendrá durante toda su estadía novohispana (1640-1649).

Las resoluciones del obispo visitador en lo tocante a las doctrinas le van a enfrentar con los franciscanos. Si ya las visitas implicaban severas fricciones con las instituciones donde se practicaban, la aplicación de las cédulas reales en materia de doctrinas producían auténtico encono.

Por otro lado el enfrentamiento con la Compañía de Jesús surgirá a causa del problema de los diezmos. Según se estipulaba, todos los bienes donados por un bienhechor a una orden religiosa causarían los diezmos correspondientes a la Diócesis respectiva, cosa que no cumplían los jesuitas.

El odio hacia Palafox, no sólo de cierto estamento eclesiástico sino de los círculos gubernamentales, incluido el nuevo Virrey (Conde de Salvatierra), llegó hasta tal extremo que se especuló incluso con un atentado contra su persona. Tan negros presagios obligaron al Venerable a ausentarse de Puebla en junio de 1647 refugiándose en San José Chiapa desde donde siguió manteniendo correspondencia con las autoridades coloniales, españolas y romanas. En octubre del mismo año el remplazo de Salvatierra como Virrey por el obispo de Yucatán, permite a Palafox regresar a Puebla. De todas formas las continuas presiones contra nuestro prelado llevaron a Felipe IV a separarle de la mitra angelopolitana y a regresar a España, de donde salió airoso del preceptivo juicio de Residencia.

Pese a sus quehaceres políticos, Palafox tuvo tiempo todavía de acabar durante aquellos agitados tiempos la catedral de Puebla<sup>11</sup> cuyas obras llevaban 20 años paralizadas y dotarla de espléndidos preseas artísticas y litúrgicas. Fundó además el convento de dominicas de Santa Inés, redactó constituciones para el seminario de San Juan, creó el Colegio de niñas dedicado a la Purísima Concepción y erigió los Colegios de San Pedro –donde se enseñaba náhuatl a los curas– y el de San Pablo al que dotó de una excelente biblioteca hoy conocida como palafoxiana.

Ya en España, la primera parte de los cincuenta la pasará nuestro obispo en la corte como miembro del Consejo de Aragón (1653), convencido del próximo retorno a su querida diócesis poblana. La polémica con los jesuitas siguió, sin embargo, muy acalorada hasta el punto de que Inocencio X la zanja en 1653 ordenando silencio perpetuo a las partes.

En 1654, por fin, Palafox fue nombrado obispo de Osma lo que, en parte, puede considerarse un discreto destierro, donde permaneció hasta su muerte en 1659. Son años durante los cuales no decayó su actividad como escritor<sup>12</sup>, más centrado en los temas sacros y devocionales que los políticos. Realiza entonces, entre otras obras, la redacción final de su *Vida interior* que apareció póstuma y la edición y comentarios al epistolario de Santa Teresa, encomendada por el General de los Carmelitas Descalzos en 1657.

<sup>11</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R.; “Don Juan de Palafox, promotor y mecenas de las artes” en VV. AA; *El Virrey Palafox*, Catálogo de la exposición, Burgo de Osma 2000, pp. 134-145, con bibliografía anterior. Ver también: *Idem*; *Don Juan de Palafox. Teoría y promoción de las artes*, Pamplona 2000.

<sup>12</sup> ZUGASTI, M.; “Don Juan de Palafox y Mendoza: el escritor y el poeta”, en VV. AA; *El Virrey Palafox*, Catálogo de la exposición, Burgo de Osma 2000, pp.97-123.

Como ha señalado R. Fernández Gracia<sup>13</sup>, el conjunto de representaciones pictóricas, grabadas y plásticas del Virrey Palafox son absolutamente extraordinarias en la iconografía americanista tanto por su abundancia como por su diversidad: la adhesión a su figura reformadora por parte de la sociedad mexicana, la postulación de su santidad –a la que tanto contribuyeron los carmelitas–, el problema y enfrentamiento con los jesuitas utilizado después por Carlos III y el jansenismo español<sup>14</sup>, su fama póstuma como escritor, todo contribuyó a la exaltación icónica del Venerable.

Dos momentos claves desarrollan su imaginería: el primero en el siglo xvii, durante el periodo poblano (1640-1649), en el que se realizaron miles de retratos del obispo, entre ellos el oficial de la catedral angelopolitana de Diego Borgraf<sup>15</sup>, modelo tipológico de la iconografía novohispana que se copió hasta la saciedad y todavía se refleja cabalmente en la seda benaventana de 1771.

El segundo, a ambos lados del Atlántico, entre 1760, data de la primera aprobación de sus escritos y 1777, fecha de la Congregación General, cuando los defensores y devotos de la Causa de beatificación del Venerable se esforzaron al máximo en difundir una imagen pareja a las virtudes que había practicado. Imagen que, como la nuestra, coincide con una de las fases más significativas del proceso, la Congregación Antipreparatoria de sus Virtudes (1771); pero también con la reunión del IV Concilio provincial mexicano convocado y presidido por el futuro cardenal Francisco Antonio de Lorenzana<sup>16</sup> (I/IX/1771), a la sazón arzobispo de México, autor de una pequeña y muy cálida biografía del Venerable<sup>17</sup> y promotor –como veremos a continuación– de nuestra estampa.

## ANÁLISIS DE LA ESTAMPA

### *Sobre el soporte en seda*

Se trata de una lámina estampada sobre raso de seda de 245 x 180 mm y huella de grabado de 157 x 112 mm, realizado en talla dulce<sup>18</sup>. Buen estado de conservación en general, algo deshilachada en los extremos. El mismo empleo de raso o satén demuestra la voluntad del promotor de la estampa de crear una obra de calidad<sup>19</sup>, muy distinta a las de papel que por miles difundirían la imagen del Venerable u otros santos.

<sup>13</sup> FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 53-54.

<sup>14</sup> MESTRE, A.; “Religión y cultura en el siglo xviii”, en *Historia de la Iglesia en España IV*, dirigida por R. García Villoslada, BAC 1979, pp. 586 y ss., especialmente pp. 659-660.

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 181 y ss.

<sup>16</sup> SIERRA, L.; “Lorenzana, F.A.”, *Diccionario Eclesiástico de España*, II, pp. 1346-1348, Madrid 1972.

<sup>17</sup> *Biografía del ilustrísimo señor Don Juan de Palafox y Mendoza*: SÁNCHEZ CASTAÑER, F.; *Juan de Palafox y Mendoza. Tratados mejicanos I, Biblioteca de Autores Españoles CCXVII*, Madrid 1968, “Estudio Preliminar”, p. VIII, nota 4. Fue publicada por vez primera en los *Concilios Provinciales Primero y Segundo*, impresos en México en 1769, citado por FERNÁNDEZ GRACIA 2002, p. 101.

<sup>18</sup> Más que un procedimiento técnico se trata de un tipo de lenguaje visual resultante de la conjunción de dos técnicas del grabado calcográfico, aguafuerte y buril y de un recurso estético o método normalizado para el trazado de líneas que permiten conseguir mejores efectos naturalistas, de volumen y profundidad con gran riqueza de matices tonales por aproximación o alejamiento de las líneas que se entrecruzan (malla de rombos o “plazas” como las denominaba REJÓN DE SILVA, D. A.; *Diccionario de las Nobles artes para instrucción de los aficionados y uso de los profesores*, Segovia 1788, p. 168); ver: VV.AA.; *Diccionario del dibujo y la estampa*, Calcografía Nacional, Madrid 1996, pp. 148-149.

<sup>19</sup> Ver nota 5.

Según me comenta Blanca García Vega, el cuerpo y lustre de nuestra lámina benaventana no se asemeja al común de las españolas, más bien tafetanes de aspecto mate. Su tacto y aspecto satinado –imposible de captar en la reproducción (Fig. 1)– le emparentan con las orientales que tanto en México como Filipinas solían acompañar las tesis de grado. Varias de éstas –de los siglos XVIII y XIX– con grabados estampados en sedas chinas, de idéntico lustre y tacto a la nuestra, se conservan en el Museo Oriental de Valladolid<sup>20</sup>. En México son también muy frecuentes<sup>21</sup> y, a buen seguro, muchas de ellas serían de la misma procedencia, extremo que, sin embargo, no he podido contrastar debidamente.

En cualquier caso las sedas chinas constituyeron el principal cargamento del galeón de Acapulco<sup>22</sup> o de Manila que, desde el siglo XVI, ponía en relación América con el Extremo Oriente y cuyo prenda más prestigiosa en la XVIII y XIX centuria fue el mantón de Manila.

Los galeones fueron fundamentalmente barcos de seda en todos los estadios de su manufactura, tejido y diseño, constituyendo la parte más valiosa del cargamento. Dichas sedas eran transportadas a Manila por juncos chinos que en número de 20 o 30 se dirigen cada año a Filipinas desde los puertos de Cantón y Amoy.

Al principio parece que eran de mala calidad pero pronto los mercaderes chinos aprendieron a contentar las exigencias de los nuevos clientes europeos. A fines del siglo XVI la calidad había mejorado hasta tal punto y los precios se habían abaratado tanto que constituían una seria competencia para las sedas andaluzas en los mercados de América. En 1593 se promulgó una legislación mercantil de la seda restringiéndola a unas cantidades fijas. El problema resurgirá en varias ocasiones hasta el siglo XVIII con fases de abolición y liberalización del comercio que estaba en manos de comerciantes madrileños.

### *Sobre el promotor de la estampa*

El grabado representa, según reza leyenda inferior, la imagen del Venerable D. Juan de Palafox (1600-1659). La figura aparece inscrita en un óvalo sobre un pedestal arquitectónico (modalidad propia de los años sesenta y setenta del siglo XVIII) en cuya base discurre en mayúsculas el texto siguiente: *EL ILL.<sup>mo</sup> EXC.<sup>mo</sup> I VEN. e S.<sup>r</sup> D. n JUAN DE PALAFOX I MENDOZA.*

Fuera del rectángulo de base corre otra inscripción, esta vez en minúsculas, algunas muy borrosas, que se prestan a ciertas dificultades de lectura: *Sc<sup>23</sup> (sculpsit) Jphs (Joseph) Navarro. Grav. r del Ill. mo S. Arzp o de Mex o i Electo Arzp o de Toledo. año 1771.*

Aparentemente la letra del grabado presenta una contradicción pues Lorenzana sólo fue preconizado a la sede metropolitana de Toledo el 27/II/1772 (tomando posesión el 12/III/1772) y en nuestro texto figura 1771 dándole ya como electo arzobispo de la Sede Primada. Probablemente, según me sugiere R. Fernández Gracia, la plancha de la estampa sería de ese año y con posterioridad le añadirían “*i electo Arzp o de Toledo*”, lo que explica que el año quede claramente separado de la inscripción y aún más lo estaría en su estado original.

<sup>20</sup> Según me informa su director D. Blas Sierra de la Calle, a cuya amabilidad debo la observación y tacto de algunas de ellas, idénticas a nuestro raso de Palafox.

<sup>21</sup> Información de R. Fernández Gracia.

<sup>22</sup> SIERRA DE LA CALLE 1991, pp. 116 y ss., a quien seguimos en los siguientes párrafos.

<sup>23</sup> Es la misma abreviatura con las que firma la estampa de San Ignacio de Loyola y de Carlos V, ilustración de la *Historia de Nueva España, escrita por ... Hernán Cortés*, México 1770. (Navarro sc. Mx.) de la Biblioteca Nacional de Madrid: PÁEZ 1966 II, p. 564, n° 4459 (49) y *eadem* I, p. 487, n° 1709 (103).

No extraña en ningún caso que Lorenzana fuese el mentor de la estampa. Lector desde su juventud de la obra palafoxiana, biógrafo del prelado, ejerció en México –de donde fue arzobispo entre 1766 y 1772– una actividad “*en muchos aspectos similar a la que un siglo antes había llevado Palafox*”, al decir de L. Sierra<sup>24</sup>. Paradigma del prelado español de la Ilustración, concilió su natural inclinación a las tareas intelectuales con las del hombre de acción que desempeña cargos de gran responsabilidad política. Filántropo y, como nuestro Venerable, promotor de establecimientos públicos caritativos, de enseñanza y benéficos, durante su pontificado se labraron las iglesias más fastuosas del barroco novohispano<sup>25</sup>.

Desempeñó asimismo una ingente labor en favor de las clases menesterosas, hizo efectiva la expulsión de los jesuitas, corrigió ciertos abusos en las clausuras de las monjas Calzadas y fue hombre firme e intransigente en cuestiones de fe y costumbres. Celebró el IV Concilio provincial del Virreinato, lo que no se hacía desde el siglo XVI y llevó a cabo una importante labor editorial entre la que nos interesa subrayar la publicación de la *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el Ilustrísimo Señor Don Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de México*, México 1770, donde colaboró, precisamente, José Mariano Navarro como grabador de la imagen de Carlos V, un año antes, pues, del encargo de nuestra estampa.

Coincidió con Fabián y Fuero, arzobispo de Puebla y constructor de la biblioteca palafoxiana en su actual estado (ca. 1773), en la consagración del santuario de San José de Chiapa en 1772 de tan profundas resonancias en la peripecia novohispana del Venerable que, por aquella sazón, se había convertido en modelo de los obispos de la América española por su vida, amor y defensa de los indios<sup>26</sup>.

### *En torno a la iconografía*

La efigie de Palafox de tres cuartos, casi frontal, busto orientado a la derecha, es representación muy extendida en los grabados<sup>27</sup> con su retrato, desde las primeras redacciones del siglo XVII (P. de Villafranca) y especialmente en las del XVIII, tanto en Europa como en América. La imagen no se recorta sobre un fondo neutro uniforme sino que se deslindan tres sombras que no creo reflejen más que un discreto interés pictoricista.

Nuestro grabado responde, dentro de los varios prototipos, al del obispo- virrey, hombre de oración y gobernante a lo que aluden su indumentaria y los emblemas parlantes ordenados en torno al óvalo que lo circunscribe.

El tipo fisionómico del Venerable, barbiprieto y tonsurado, *vera effigies* –que en el caso de nuestra lámina responde más a unas características genéricas que psicológicas– deriva del modelo poblano según el retrato oficial de Diego Borgraf (Fig. 2) –uno de los pocos que se hicieron con consentimiento de Palafox– de la catedral de Puebla de los Ángeles (1643), que se copió más o menos libremente por numerosos pintores y grabadores novohispanos en los siglos XVII y XVIII.

<sup>24</sup> SIERRA 1972, pp. 1346-1348.

<sup>25</sup> Sobre todos estos aspectos, véase: BONET CORREEA, A.; “El cardenal Lorenzana y el arte mexicano”; *Relaciones artísticas entre la Península Ibérica y América. Actas del V Simposio Hispano-portugués de Historia del Arte*, Valladolid (1989) 1990, pp. 43-46.

<sup>26</sup> FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 100-101.

<sup>27</sup> FERNÁNDEZ GRACIA 2002, *passim*.



Fig. 2.- Retrato oficial del obispo Palafox por Diego Borgraf. Catedral de Puebla. (Según Fernández Gracia).

FIG. 2.- Retrato oficial del obispo Palafox por Diego Borgraf. Catedral de Puebla. (Según Fernández Gracia).

En realidad este tipo no anda muy lejos del “retrato literario” que nos proporciona del obispo- virrey su primer biógrafo González de Resende: ni corpulento, ni enjuto, “el color del cabello fue castaño claro”; “la cabeza era grande, capaz de su talento... bien poblada de cabello”, sin dar nunca “muestra de la calva” (por lo que la posterior de nuestro retrato –que remonta al de Borgraf– debería interpretarse como tonsura clerical).

“La frente era ancha y espaciosa”, ojos “no ígneos, pero tampoco desmayados” con “párpados abultados y gruesos, en forma que componía<sup>28</sup> los ojos más agraciados”. “La nariz no era larga” y “tenía curvatura sin desmesura, y aunque remataba como en punta, no se derribaba sobre la boca”. “Los labios entre delgados y gruesos”. “De barba fue más cerrado que lampiño, la cual se quitaba siempre con igualdad, a punta de tijera, sin consentir... asomo de bigotes”.

Viste Palafox, a diferencia de los modelos del XVII, muceta (con capuchón) que deja ver un sobrecuello y extremo de la sotana. La muceta –recuerda Fernández Gracia<sup>29</sup>– es una esclavina que cubre el pecho y la espalda, propia de prelados y doctores que suele cerrarse por delante con botonadura forrada. Junto con el mantelete era utilizado cuando el obispo salía de su casa y se consideraban parte del traje episcopal de etiqueta.

Sujeta el Venerable con su mano izquierda un pectoral en forma de cruz que fía un cordón que cuelga de su cuello. La tipología del obispo subrayando la importancia del pectoral sostenido por su mano sólo se registra en México, donde, en cualquier caso, es más frecuente que sostenga el breviario entreabierto. Se conocen varios ejemplos con dicha modalidad iconográfica: un óleo sobre lienzo del siglo XVIII en colección particular de Puebla (Fig. 3) y dos estampas postulatorias de fines de esta centuria, inspirados en nuestro grabado como veremos más adelante.

<sup>28</sup> Las citas que siguen están tomadas de FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 118-122.

<sup>29</sup> FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 147-148, a quien seguimos en adelante mientras no se diga lo contrario.

En cuanto al pectoral, más que recamado en preciosos engastes parece ordenarse en austeras tecas geométricas para albergar relicarios, como gustaba nuestro obispo. En sus *Direcciones Pastorales* propone que se instalen “en los pectorales reliquias...poniendo en esto más cuidado que en guarnecerlos de diamantes y otras piedras...” que, al decir de algunos testigos poblanos de su Causa, el mismo se encargó de ir dando a los pobres.

La imagen del obispo navarro se enmarca, como señalamos más arriba, en un óvalo sobre pedestal arquitectónico, esquema repetidísimo en las estampas de los años sesenta y setenta del siglo XVIII y recurso ilusionista siempre muy barroco del “cuadro dentro del cuadro”<sup>30</sup>, como el autorretrato de Murillo en la *National Gallery* de Londres, por citar un conocidísimo ejemplo.

Mientras a la izquierda el óvalo se engalana con un cortinaje volado, tema nada infrecuente en la pintura<sup>31</sup> y grabado<sup>32</sup> de aquellos años, abajo a la derecha lo

hace con rocallas, comunes del lenguaje internacional del rococó. Hay, sin embargo, en el extremo superior del marco dos emblemas que van más allá del puro ornato: la palma, alusiva, sin duda, al triunfo y una suerte de guirnalda laureada que refuerza el carácter victorioso de las empresas representadas: el de la beatificación de Palafox. No hay obra sin lucha, sin triunfo. Por ello el laurel expresa la garantía del éxito, que luego de tanta brega, se esperaba cercano en la Causa del Venerable. No debemos olvidar que la fecha de 1771 de la lámina es clave para el entendimiento de estos jeroglíficos —y del sentido



FIG. 3.- Retrato anónimo del Venerable en colección particular de Puebla. Siglo XVIII. (Según Fernández Gracia).

<sup>30</sup> GALLEGO, J.; *El cuadro dentro del cuadro*, Madrid 1984.

<sup>31</sup> Por ejemplo el retrato del obispo Palafox con breviario, óleo sobre lienzo firmado y fechado en Roma en 1773 por Jacopo Migliori. Catedral del Burgo de Osma (Soria): FERNÁNDEZ GRACIA 2002, Lám. p. 229. Se trata de un pintor del que prácticamente nada se sabe al que Urrea sitúa en la órbita de P. BATONI: URREA, J.; *La pintura italiana en España*, Valladolid 1977, pp. 283-284, y del que se conoce sólo otra obra en España, una Virgen de Belén, curiosamente en el Hospital de la Piedad de Benavente, fechado en Roma en 1772: REGUERAS GRANDE, F., “Pinturas del Hospital de la Piedad (Benavente)”, *Bri-gecio* 6, 1996, pp. 138-139.

<sup>32</sup> Palafox con el breviario según estampa de Bernardo Albíztur, datado en 1779 y dedicado al que fuera postulador de la Causa del Venerable y obispo de Tucumán, Fray José de San Alberto. Biblioteca Nacional: FERNÁNDEZ GRACIA 2002, pp. 227 (Lám.) y 230.



FIG. 4.- Estampa postulatoria del Venerable Palafox de fines del siglo XVIII grabada por Vicente Espejo. (Según Fernández Gracia).

Desde el siglo XVI se tenía el corazón como sede y agente de los afectos por lo que se le adoptó como símbolo del amor, metáfora que Palafox relaciona en sus textos como amor a Dios y al prójimo. El crucifijo evoca la historia personal y devoción del Venerable hacia el Cristo de Preten que había rescatado en 1631 durante su periplo europeo de dicha ciudad del Palatinado, ultrajada por los protestantes, y que desde entonces le acompañó de por vida.

Dentro del corazón Palafox incluyó en su escudo al crucificado en torno al cual dispuso el rótulo con el conocido lema: *Amor meus crucifixus est*, divisa que deriva del emblema de las brígiditas en honor a su fundadora (Santa Brígida).

En realidad el modelo del grabado benaventano parece responder a una simplificación (espiritualizada) del escudo episcopal (Fig. 5) que se encuentra en el volumen I de sus obras completas de 1762, editadas impecablemente por Gabriel Ramírez, impresor de la Real Academia de San Fernando, y patrocinadas por Carlos III. Simplificación, probablemente intencionada, pues se reduce en exclusiva al corazón con el rótulo, transformado en trémula cinta, sin el famoso lema; y espiritualizada por la irradiación del corazón flameante –conocido en otras estampas– pero cuyos rayos alcanzan ahora casi la mitad del grabado, evidencia, sin duda, del aura de santidad que se le otorgaba. Parece, pues que, sin olvidar su dimensión de hombre de Iglesia cuya actividad institucional, como vimos, había acarreado a Palafox graves problemas con franciscanos y jesuitas

mismo de la estampa– en plena discusión de las Virtudes de Palafox durante la Congregación Antipreparatoria (1771) de la fase conclusiva de su Causa.

Dijimos más arriba que nuestro hombre aparece representado en el grabado como obispo-*virrey*, hombre de Iglesia y oración y gobernante. Al primer aspecto se refiere la muceta y pectoral aunque no deja de llamar la atención que las insignias episcopales queden si no ocultas, relegadas: no hay mitras, ni báculo, ni anillo etc, que, sin embargo, reaparecen con todo su esplendor en la estampa postulatoria de Vicente Espejo de finales del siglo XVIII (Fig. 4), copia literal de la nuestra. Ello no quita que palma y laurel reafirmen sus virtudes como hombre de oración, y particularmente los emblemas de su escudo episcopal, corazón y crucifijo –donde se evita la presencia del sombrero– motivos muy queridos por Palafox desde su ordenación como sacerdote y que aparecen continuamente en sus escritos (Fig. 5).

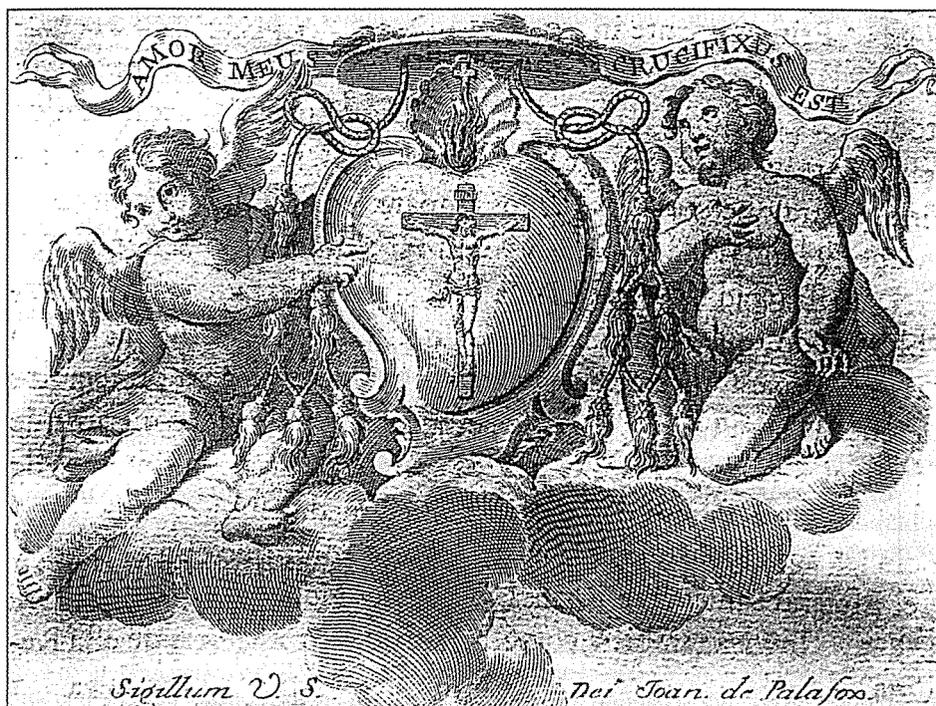


FIG. 5.- Escudo episcopal de Palafox. Vol. I de sus obras completas, 1762. (Según Fernández Gracia).

sobre todo, antes y después de su muerte (*ver infra*), el promotor de la estampa desea subrayar su carácter de hombre de oración, merecedor de ser beatificado. Y de hombre de Estado.

Efectivamente, el segundo aspecto iconográfico que refleja el grabado en los arcos militares inferiores: banderolas, estandartes, bombardas, espada y rodela, glosan la personalidad del Venerable como Virrey y Gobernador de Nueva España, Capitán General y presidente de la Real Audiencia de México, Juez de residencia de tres virreyes, ejecutor de aquella política de reformación<sup>33</sup> –como él la denominaba– que le granjeó tantos enemigos como rendida admiración, más adelante, entre los ambientes regalistas de la corte de Carlos III. No hay elementos que destaquen en el conjunto, ni incluso la espada –símbolo de la justicia– tan visible en otras estampas y aquí solapada y reducida simplemente a su empuñadura.

Como dice J. Irving<sup>34</sup> la perspectiva general de nuestro hombre “*austeramente religiosa y en ciertos aspectos mística, era sin embargo terrenal en sumo grado y estaba estrechamente enlazada con los problemas del gobierno y de la guerra. Para él religión y política, por una parte, y la moral y administración, por otra, tenían una relación directa*”. Y en estas frases podría condensarse el “mensaje” del grabado.

<sup>33</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A.: “La Monarquía Católica de don Juan de Palafox”, en VV. AA. *El Virrey Palafox*, Catálogo de la exposición, Burgo de Osma 2000, pp. 39-56.

<sup>34</sup> IRVING 2000, p 166.

Así pues, la estampa benaventana parece insistir en esa doble dimensión, complementaria para Palafox, de gobernante y hombre virtuoso cuyos valores espirituales le harían acreedor del proceso de santidad que por aquella sazón se dirimía.

### *Una estampa postulatoria en la Causa de beatificación*

El proceso de beatificación del Venerable Palafox, estudiado recientemente por el P. Ildefonso Moriones<sup>35</sup> OCD, arranca desde la misma fecha de su muerte en 1659 cuando ya se recogen informaciones sobre su vida y virtudes. El proceso ordinario comenzó por iniciativa del cabildo oxomense en 1666 y fue enviado a Roma en 1690, año en que ya se nombra un ponente o Relator de la Causa, aunque hubo de esperarse a la llegada del proceso de Puebla de los Ángeles (1688-1693) para continuar los trámites.

En 1698, sin embargo, los jesuitas, considerando que la canonización de Palafox iba en detrimento de lo que había escrito sobre la actuación de alguno de sus miembros consiguieron impedir la introducción de la Causa (en 1699) presentando como obstáculo principal la carta escrita por Palafox a Inocencio X en 1649.

El proceso permaneció en suspenso hasta 1726 cuando el papa Benedicto XIII firmó la Introducción de la Causa antes de que fuesen aprobados los escritos como establecían las normas. Se pusieron entonces en marcha los Procesos apostólicos “*ne pereatur*” con la condición de que antes de pasar a la fase final de su estudio se aprobasen los escritos.

A pesar de que en 1758 hubo otro intento por parte de la Compañía de bloquear el proceso, llegándose en 1759 a la prohibición y quema de las obras de Palafox, la intervención de Benedicto XIV –con el apoyo de Carlos III que solicitó expresamente su beatificación en 1760– abrió camino a la aprobación de los escritos (1760-1767) y a la edición, como dejamos dicho, de sus obras completas<sup>36</sup> bajo dirección de los Carmelitas descalzos y amparo del Rey Católico en 1762.

Con ello se dio entrada a la fase conclusiva de la Causa, o sea, los procesos Apostólicos propiamente dichos (1768-1769) y discusión sobre las virtudes en las congregaciones de rigor: Antipreparatoria (1771), Preparatoria (1775) y General (1777).

En este ambiente de euforia y de esperanza en la inmediata canonización del Venerable (que quedó frustrada en la última Congregación de 1777) hay que situar la plétora iconográfica –aquende y allende el Atlántico– con la *vera effigies* del obispo navarro con que sus devotos quisieron difundir y garantizar sus virtudes heroicas. De ello se encargaría también nuestro raso, estampa postulatoria promocionada en 1771 por uno de sus más fervientes seguidores, el futuro Cardenal Lorenzana.

<sup>35</sup> I. MORIONES; “La memoria histórica. El proceso de beatificación y las polémicas con los jesuitas”, en *El Virrey Palafox*, Catálogo de la exposición, Burgo de Osma 2000, pp. 173-198 y sobre todo: *Idem*; *La Causa de Beatificación de Juan Palafox. Historia de un proceso contrastado*, Roma 2000.

<sup>36</sup> Juan PALAFOX Y MENDOZA; *Obras Completas*, 14 volúmenes, Madrid, Gabriel Ramírez 1762.